
DEMOCRACIA Y VIDA COTIDIANA

Elizabeth Cordido Santana

Quiero agradecer la invitación para participar en este evento, por dos razones fundamentales: la primera, por la oportunidad de conocer México y ver las obras de los grandes muralistas que, como afirma Carlos Fuentes, nos permiten comprender la composición mental y política de Hispanoamérica durante este siglo; la segunda, por la posibilidad de compartir y enriquecer mis reflexiones a través del diálogo con personas que, al igual que yo, me imagino, pensamos y trabajamos por lo deseable: un sistema democrático significativamente más justo y solidario apoyado en una educación que desarrolle un sentido de ciudadanía responsable, de los derechos y obligaciones humanas, del ejercicio de la libertad en aras del bien general y, al mismo tiempo, del respeto de cada persona individual.

Al recibir la invitación para participar en este evento me pregunté: ¿qué puedo decir que realmente tenga sentido y constituya algún beneficio para otro? Sólo se me ocurrió relatar nuestra experiencia como Escuela de Vecinos Venezuela, organización que represento, y nuestras reflexiones sobre ese *hacer ciudadanía*, en lo cual estamos comprometidos desde hace 18 años. Considero importante iniciar mi exposición hablando de una dimensión que he denominado sustantiva, en la cual intentaré explicarles nuestras confusiones y reflexiones sobre lo que significa educar en y para la democracia en un país como el mío y en un tiempo histórico como el nuestro, para enseguida abordar la dimensión práctica, orientada a exponer en grandes rasgos lo que hacemos, lo que hemos logrado y las incertidumbres que ese *hacer ciudadanía* nos ha generado durante todos estos años.

En la Escuela de Vecinos de Venezuela pensamos que la democracia es algo más que asumir una soberanía que reside en el pueblo y que éste ejerce a través del voto, es más que un sistema de garantías que impide el ascenso al poder de dirigentes contrarios a la voluntad de la mayoría, es más que un régimen en el cual podemos ejercer el control político, premisas en las cuales hemos sido educados en Venezuela desde 1961. La democracia es, ante todo, un sentir y una manera de vivir que hacemos todos los días, en todos nuestros espacios.

La democracia se construye en la relación con los otros, en los vínculos intersubjetivos, en la politización de los actores, que no es otra cosa que asumirse como político, como ciudadano(a) responsable y crítico. Nos asumimos ciudadanos(as) cuando nos entendemos como seres con autonomía, que tenemos que compartir con otros que también tienen autonomía, y ejercemos esa autonomía con respeto. Significamos autonomía como la posibilidad de decidir por mí, lo que sin dañar a otro es propicio para el entorno y para mí como persona.

Visualizada de esta manera, la democracia, la política y la ciudadanía, significados altamente imbricados, no están en otro lugar diferente a ese espacio y a ese tiempo que llamamos *vida cotidiana*. Ese es el espacio de nuestra acción y es el espacio en el cual se nos invita a hablar en esta mesa redonda. Sin embargo, la democracia no siempre ha pertenecido al ámbito de lo cotidiano.

En Grecia, lugar donde surgió la democracia, ésta no tocaba la vida doméstica. En el ágora griego confluían ciudadanos que configuraban la esfera pública; pero esos ciudadanos eran los hombres libres, no los esclavos ni las mujeres. Los elementos constitutivos de esa democracia eran:

- Un actor social específico (el ciudadano: hombre libre).
- Una particular forma de acción (el discurso).
- Una especialidad determinada (el lugar público y urbano por antonomasia: el ágora).

A finales del siglo XVII, y durante todo el XVIII, se define una dinámica particular de la dimensión pública-privada en el entramado social. Se construye un tejido social integrado por propietarios, los cuales, en tanto sujetos privados, hacen de sus asuntos intereses públicos y pasan a intervenir en la vida política. Si antes la economía era un asunto privado, con la modernidad pasa a ser un asunto público. Ha pasado los linderos del hogar para hacerse de la ciudad y va a dar acceso a la estructuración

de una sociedad civil compuesta por propietarios. Se consolidan núcleos urbanos de discusión en los cuales se organiza esa sociedad civil, constituida por una burguesía emergente, para debatir sus asuntos de cara al Estado. Y el escenario para ello va a ser el espacio social de la ciudad. Se destaca la importancia política que tuvieron los cafés y salones (Habermas, 1986) durante el siglo XVIII en la gestación de la cultura dialógica y racional de la sociedad civil que se va a expresar en la opinión pública, basamento del régimen político democrático.

El actor social es el hombre ciudadano, que es también el propietario, el burgués emergente. La acción es también el discurso y el diálogo, y el ágora son los cafés y los salones. Se inicia una democracia que tiene que ver con otros espacios, en los cuales la vida cotidiana cobra un sentido nuevo; sin embargo, actores como las mujeres y otras minorías no tienen acceso a ella. Como ciudadanos surgen otros actores, pero la democracia sigue dependiendo:

- a) De la existencia de unos medios de comunicación urbanos (léase plaza, foros, cafés, salones: espacios de relación y de pertenencia).
- b) De unos sujetos deliberantes, que dialoguen, que hagan, que se encuentren, que propongan.
- c) De la existencia de una esfera pública que tenga que ver con los intereses colectivos, con la que los sujetos se sientan identificados.

Esta evolución nos hace pensar que la democracia y la ciudadanía no son conceptos definitivos, ni concluidos, estáticos; son actos que, como dice Wolf (1997), se están haciendo permanentemente –acaeciendo en gerundio–. Son construcciones sociales relacionadas con los contextos socioculturales, políticos y económicos en los que se producen.

Si esto es así, entonces, actualmente, ¿qué está sucediendo con la democracia y con la ciudadanía en la contemporaneidad? ¿Quiénes se sienten ciudadanos o seres políticos? ¿Cuándo y dónde? ¿En qué espacio se construyen los diálogos y los argumentos para el cambio?

Hemos avanzado notablemente al incorporar como ciudadanos a otros actores, las denominadas minorías (mujeres, indios, negros, discapacitados, entre otros), después de muchas luchas; sin embargo, los rasgos de la contemporaneidad son limitantes para el ejercicio democrático. Marc Augé (1993) caracteriza al hombre y a la mujer contemporáneos con las siguientes características:

- Un individualismo exacerbado que conlleva el repliegue del individuo hacia sí mismo, quedando segregada cualquier posibilidad de comprensión colectiva de la realidad. Este sujeto moderno se retira de la vida pública y se refugia en la privacidad. Su orientación es hacia la realización de la vida personal y el desprendimiento de la vida colectiva.
- Pérdida de su sentido histórico como actor social por la rapidez en que se suceden los acontecimientos, al punto que se toman impensables e incomprensibles. No se ubica en esa historia colectiva.
- Un permanente tránsito de un lugar a otro. El espacio se puebla de no lugares, que son todos aquellos espacios destinados a ser transitados de prisa en los cuales la interacción sujeto-sujeto queda anulada: supermercados, centros comerciales.

Esto nos impulsa a una individualidad solitaria, a lo provisional y a lo efímero; los lugares públicos desaparecen para convertirse en lugares de tránsito. Entonces lo político se sitúa en lo externo, en la manera como se organiza el Estado, y los políticos son los partidos y la gente que se ocupa de eso. No tiene que ver conmigo, ciudadana común (*ciudadano porque tengo una cédula de identidad*, tal como me contestó un joven de 17 años) y no tiene nada que ver con lo que vivo en mi familia, en la escuela ni en la calle.

Me pregunto si este sentimiento de extrañeza no es el resultado de la importación de maneras de ser que no corresponden a nuestra idiosincrasia, a nuestro modo de formar familia y de educarla, y que en este afán de lo novedoso –el afán de lo nuevo por lo nuevo, que es vergüenza del pasado por pasado– no nos ocupamos de entendernos y de construir nuestra democracia acorde con lo que nos pertenece como cultura en su relación con lo universal. De ahí, quizás, que los sistemas políticos corren paralelos con la cultura y no logran encontrarse.

Cuando en Venezuela investigamos sobre los significados de los conceptos de democracia, política y ciudadanía (estudio realizado por Wolf, 1997), encontramos que la gente manifiesta sentirse por completo distante de la política, que es algo desprestigiado que no perciben como relacionado con sus vidas, sino como algo de lo que sufren las consecuencias: los malos servicios. La política es algo que se escapa de ellos y que no pueden controlar. Para el hombre común eso no le pertenece:

Lo político lo hacen otros, no uno, y eso no se da en la calle, en la calle lo que hay es inseguridad y caos, eso se da allá por Miraflores (palacio de gobierno) o en el Congreso, y vaya uno a saber qué hacen esos hombres allá (expresión de un ciudadano común).

Así, la política es ajena y al parecer no la hacemos todos. Hay distancia entre lo que sucede en el ámbito político y en la vida cotidiana. El ciudadano se encuentra alienado en relación con la política, no le pertenece, aun cuando lo afecte. No tiene espacios para la discusión de lo que piensa y hace.

En nuestras ciudades venezolanas estamos presenciando una vida política por parte del vecino que tiene que ver con su lugar de vivienda y con la protección de la misma, así como con la calidad de su vida. Su acción política se limita a cerrar unas calles, a la instalación de una reja segura y evitar la delincuencia común. Se trata de una política de repliegue, de alejarse del otro, de sustraerse de la esfera pública, no de comprometerse con la colectividad.

Igualmente, en nuestra escuela, la relación con el otro se enmarca en relaciones de autoritarismo, de verticalidad, con poco o casi ningún espacio para la discusión y el diálogo. En el discurso escolar la democracia es un sistema político que tiene poco que ver con lo que se vive dentro de la misma.

En relación con la familia, en Venezuela la implantación de modelos foráneos ha generado dos discursos sobre la familia: el oficial o de la clase dirigente, que apuntala una familia nuclear conformada por padre, madre e hijos y, como contraparte, el discurso de la cultura o modo de vida popular, que no es público, que se utiliza en la casa o en el barrio, en lo privado. El modelo familiar cultural-popular venezolano es el de una familia matricentrada (Vethencourt, 1974; Hurtado, 1993); la pareja como institución real no se ha producido en nuestra cultura popular; en un alto porcentaje, la mujer dentro de esta cultura es la responsable de la crianza de los hijos, tiene asignada una función de mujer-madre y el vínculo de relación se da con el hijo o la hija. Para el hombre el hijo tiene un significado diferente que para la mujer. Para él es una prueba de su masculinidad y para la mujer la oportunidad de su realización. La relación de poder es asimétrica y la violencia intrafamiliar acusa altos niveles de maltrato físico y verbal.

En el ámbito de lo global —el hombre y la mujer de la contemporaneidad— y en el espacio de lo local —el hombre y la mujer venezolanos—

no se sienten seres políticos, no se identifican con la ciudad como espacio público para coordinar lo que afecta a muchos; la escuela y la familia son vividas como espacios donde las relaciones son de jerarquización y autoritarismo, donde la posibilidad del diálogo y la participación, propios de la democracia, no es posible. Este es el ciudadano y/o la ciudadana a los que brindamos nuestro quehacer educativo como *Escuela de Vecinos Venezuela*.

Frente a todo esto, el reto es repensar en la democracia, la política y la ciudadanía en ese nivel basal que es la vida cotidiana –la calle, la escuela y la familia– más allá de las fórmulas institucionales. El reto es, también, abrir espacios cotidianos para el diálogo, la argumentación discursiva del ser y hacer democráticos: ampliar el ágora y así trascender la democracia como sistema político para asumirla como opción de vida.

Generalizar las acciones a seguir o sentar principios de acción no me parece viable. Cada país, cada comunidad, responde a necesidades históricas muy particulares que deben ser respetadas. El trabajo con la gente exige respeto a su particularidad e historia y plantea la búsqueda de lugares comunes que permitan el encuentro para discutir y analizar sus significados, su manera de pensar y de actuar los mismos. Sólo así podemos ser coherentes con la acción democrática. Sin embargo, socializar lo que hacemos y pensamos nos permite enriquecer la dimensión fundante y fáctica de ese hacer, y eso es lo que pretendo al exponer nuestra acción.

La *Escuela de Vecinos Venezuela*, asociación sin fines de lucro, fundada en 1980, tiene como objetivo *la educación ciudadana; hacer ciudadanía*. Desde sus inicios ha trabajado en los espacios públicos más cercanos a la vida cotidiana del venezolano, los cuales podemos dividir en cuatro ámbitos:

- *Municipal*: en este ámbito se brinda información, asesoría y capacitación en gerencia municipal, promoción comunitaria, asociación de vecinos, liderazgo comunitario, entre otras actividades. La acción se orienta a crear espacios de reflexión y formación para la organización efectiva y eficaz de los diversos actores municipales (gerentes municipales, alcaldes, concejales, mandos medios, líderes comunitarios y vecinos) con el fin de favorecer e incidir en la toma de decisiones sobre aquellos problemas que les interesa y compete. Se insiste en la necesidad de comprender y apropiarse de los mecanismos y espacios de participación que la ley orgánica

municipal contempla; en canalizar los esfuerzos para propiciar los cambios deseados y en manejar los conflictos de intereses propios de la convivencia municipal.

- **Empresarial:** asesoría y capacitación dentro de las empresas para favorecer la formación ciudadana de los empleados y gerentes, así como también el fortalecimiento de relaciones y estrategias de negociación entre las empresas y las comunidades, objetos de su impacto social. Particularmente, se ha trabajado con empresas petroleras.
- **Educativo:** espacios de encuentro para la reflexión y la capacitación de docentes de ciencias sociales sobre su ser como ciudadano y su hacer como formadores de ciudadanos.
- **Comunicacional:** la difusión por prensa, radio y televisión (“Agencia de Buenas Noticias” y “Programa de Buenas Noticias”) de las experiencias positivas que se llevan a cabo a escala nacional y que ilustran maneras efectivas de hacer democracia y participación ciudadana. A través de una Red de Comunicadores de Buenas Noticias se pretende que las buenas noticias las sepan todos, por todos los medios, en todo el país y más allá de las fronteras. Actualmente, dentro de este ámbito hemos generado el proyecto de Internet para organizaciones comunitarias, con miras a fortalecer la articulación de experiencias de participación, la discusión y el diálogo democrático en el ciberespacio.

Entendemos al municipio, a las empresas, a la escuela y a los medios de comunicación (incluyendo Internet) como los nuevos ágoras; como las plazas, los cafés, los salones del siglo XVIII, en los cuales los vecinos, los gerentes municipales, los maestros, los empresarios, los promotores comunitarios y otros ciudadanos(as) comunes pueden deliberar, confrontar, dialogar sobre sus intereses colectivos e incidir en la democracia institucional, desde lo local hasta lo cotidiano.

Como organización, hemos tenido logros importantes: cambios de leyes, particularmente las relacionadas con el régimen municipal y la ley del sufragio; se han potenciado experiencias comunitarias positivas mediante la articulación y réplica de las mismas en diferentes partes del país; consideramos que el esfuerzo coordinado con otras organizaciones ciudadanas ha contribuido en la conformación de una sociedad civil venezolana, que tan sólo hace 20 años no se pensaba como actor dentro del juego democrático y que hoy desempeña un papel relevante. Pero

también hemos tenido y tenemos conflictos, frustraciones, discusiones y confusiones en ese *hacer ciudadanía*; muchas veces la acción inmediata para responder a las necesidades planteadas le resta espacio y tiempo a la profundización y reflexión sobre el hacer; los efectos no muy positivos y no esperados producidos en un momento dado o en el entorno directo, en algunas oportunidades nublan el impacto de largo plazo y generan desesperanza.

A través de todos estos años de trabajo hemos constatado que el cambio y el desarrollo social no pueden ser visualizados como cambios en el sistema, sin comprenderlos primero como *cambios que originan el cambio*, y ese cambio se da por aproximaciones sucesivas en momentos de socialización, cuando el sentir y el pensar democrático se ponen en contacto con el otro sentir y pensar (democrático o no).

Eso es lo que hacemos en la capacitación, lo que pretendemos con la “Agencia de Buenas Noticias”, con las asesorías: crear espacios de diálogo que faciliten la comprensión de la complejidad del hecho democrático, que visualicen las consecuencias a la hora de la toma de decisiones. Sólo cuando se recupere la posibilidad de dialogar —entendiendo por dialogar la confrontación discursiva, el despliegue de razones, el reconocimiento mutuo de verdad y error—, sólo en ese momento podremos ampliar los espacios de cambios democráticos.

Tratando de responder los cuestionamientos de los organizadores, quiero expresar que en nuestro discurso no hacemos énfasis diferencial entre hombres y/o mujeres; abordamos la ciudadanía para ambos, no se explicita la discusión de género sino cuando surge en el grupo. Por otra parte, como organización aún no abrimos estos espacios de diálogo en el ámbito privado de la familia. El acceso es difícil y quizá sea posible mediante la escuela. Particularmente, pienso que una forma de facilitar la reflexión de la familia sea a través de un aprendizaje significativo por observación, utilizando las telenovelas. Creo importante filtrar en las telenovelas, que abordan las historias de la vida cotidiana, situaciones que ilustren la posibilidad argumentativa, las discusiones sobre el poder, la política, la participación ciudadana, discusiones sobre qué tan lícito es colocar las rejas o cerrar las calles, si se debe o no permitir que se construya un colegio cerca de nuestros hogares, entre otras.

En síntesis, nuestra función como organización no gubernamental es propiciar el proceso de reflexión, la toma de conciencia, el cambio de actitudes, la asunción de mayores niveles de tolerancia, a través de crear y facilitar espacios para el trabajo en equipo, la articulación de experien-

cias, la comprensión de la complejidad de la realidad, la visibilidad de consecuencias de las acciones y de la toma de decisiones. Es un trabajo de largo aliento, donde día a día tenemos que asumirnos como seres democráticos y no desfallecer en el intento.